

**167.** He aquí, a mi modo de ver, el mayor secreto del rey: el misterio más sublime de la Sabiduría eterna: la cruz.

### 1. La Sabiduría y la Cruz

¡Oh cuán diferentes y opuestos son los pensamientos y los caminos de la Sabiduría eterna de los de los hombres, incluso los más instruidos! Este soberano Dios quiere redimir al mundo, ahuyentar y encadenar a los demonios, cerrar a los hombres el infierno y abrirles los cielos y tributar al Padre Eterno una gloria infinita. ¡Proyecto grandioso, obra difícil y ardua empresa! ¿Qué modo empleará esta Sabiduría, cuyo conocimiento abarca del uno al otro extremo del universo, disponiéndolo todo con suavidad y con fortaleza? Su brazo es omnipotente; sin esfuerzo alguno puede destruir cuanto se le enfrenta y hacer cuanto le place; con una sola palabra puede aniquilar y crear; mejor dicho, le basta con querer para hacerla todo.

**168.** Mas su amor dictó leyes a su omnipotencia. Para manifestar al hombre su amistad, quiso encarnarse; y dignó se bajar a la tierra para elevarle hasta los cielos. ¡Sea así! Pero, desde luego, ¿esta Sabiduría encarnada se presentará gloriosa, triunfante, acompañada de millones y millones de ángeles, o al menos de millones de hombres escogidos; y con estos ejércitos, con ese esplendor y esa majestad, sin pobreza, sin oprobio, sin humillaciones, sin flaqueza alguna, arrollará a todos sus enemigos. Y conquistará los corazones de todos los hombres con sus encantos, con sus placeres, con sus grandezas y con sus riquezas? ¡Nada de eso! ¡Cosa estupenda! Ve en lontananza algo que para los judíos es motivo de escándalo y de horror, y para los paganos, objeto de locura; ve un trozo de madera vil e infame, destinado a la confusión y al suplicio de los mayores criminales y que tiene por nombre patíbulo, horca o cruz. En esta cruz es donde pone su mirada y sus complacencias; la prefiere a cuanto existe de más grande y brillante en el cielo y en la tierra, para hacer de ella el arma de sus conquistas, el atavío de su majestad, la riqueza y las delicias de su imperio, la amiga y la esposa de su corazón: «¡Oh profundidad de la Sabiduría y de la ciencia de Dios!» (Rm 11, 33) ¡Cuán sorprendente es su elección y cuán sublimes e incomprensibles sus designios! ¡Cuán inefable su amor por esta cruz!

**169.** La Sabiduría encarnada amó la cruz desde su infancia: Apenas entrado en el mundo, la recibió ya en el seno de su Madre (Sb 8, 2), de manos de su Padre Eterno, y la colocó en mitad de su corazón como una reina, diciendo: (Sal 39, 9) ¡Dios mío y Padre mío!, estando en vuestro seno, escogí esta cruz, y la misma elijo hoy en el seno de mi Madre; la amo con toda mi alma y la coloco en medio de mi corazón para que sea mi esposa y señora.

**170.** La buscó fervientemente toda la vida. Si cual ciervo sediento corría de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad; si con pasos de gigante caminaba hacia el Calvario; si con tanta frecuencia hablaba de sus padecimientos y de su muerte a sus apóstoles y discípulos y hasta a sus mismos profetas en la Transfiguración; si tan a menudo exhalaba su corazón el «con gran deseo he deseado» (Lc

22, 15), todos sus caminos, todos sus afanes, todas sus pesquisas y todos sus anhelos tendían a la cruz, y consideraba como el colmo de su gloria y su mayor felicidad el morir abrazado a ella.

Se desposó con ella con amor inefable en su Encarnación; la buscó y la llevó con alegría indecible toda su vida, que no fue sino una cruz continuada, y, después de numerosas fatigas, se abrazó a ella y sobre ella murió en el Calvario (Lc 12, 50): Y ¿quién me lo impide? ¿Qué es lo que me detiene? ¿Por qué no estoy abrazado ya a ti, amada cruz del Calvario?

**171.** Al fin logró lo que tanto anhelaba: se vio cubierta de oprobios, fue cosida y como pegada a la cruz y murió con alegría en los brazos de su idolatrada amiga, cual si fuera un lecho de honor y de triunfo.

**172.** Y no vayamos a pensar que, después de su muerte, la Sabiduría se haya desprendido de la cruz, la haya rechazado para triunfar mejor. Muy al contrario, se halla de tal manera unida a ella, que ni ángel, ni hombre, ni criatura del cielo o de la tierra es capaz de separarle de ella. Es un enlace indisoluble y una alianza eterna.

### JAMÁS LA CRUZ SIN JESÚS NI JESÚS SIN LA CRUZ.

La Sabiduría ha hecho, merced a su muerte, las ignominias de la cruz tan gloriosas, la pobreza y la indigencia tan ricas, los dolores tan agradables, su austeridad tan atrayente, que la ha dejado como divinizada y transformada en objeto adorable para los ángeles y para los hombres, y ordena que con él la adoren todos sus súbditos. No quiere que los honores de la adoración, aunque relativa, sean tributados a las demás criaturas, por muy encumbradas que se encuentren, como su santísima Madre; semejante distinción sólo está reservada, sólo es debida a su amada cruz. En el supremo día del juicio final hará desaparecer las reliquias de todos los santos, incluso las de los más eminentes; pero, en cambio, ordenará a los primeros serafines y querubines que vayan por todo el mundo y recojan los trozos de la verdadera cruz, los cuales, por su omnipotencia amorosa, quedarán tan bien unidos entre sí, que no formarán sino una cruz, la misma cruz sobre la cual murió. Hará que los ángeles transporten esta cruz y entonen en su honor cánticos de alegría. Se hará preceder por esta cruz, la cual descansará sobre la nube más refulgente que jamás se haya visto, y sólo con ella y por ella juzgará al mundo. ¡Qué alegría experimentarán a su vista los amigos de la Cruz! Mientras que sus enemigos, no pudiendo soportar la vista de aquella cruz tan brillante y aterradora, llenos de desesperación pedirán a gritos a las montañas que caigan sobre ellos y al infierno que se los trague.

### 2. La Cruz en relación con nosotros

**173.** Y en espera de que amanezca el día de su triunfo en el juicio final, la Sabiduría eterna quiere que la cruz sea la señal, el carácter y el arma de sus elegidos. No recibe como hijo sino a quien posee ese carácter, ni acepta por discípulo suyo sino a quien la lleve en su frente sin